

## Alegoría

En Memoria de Ramón López Velarde

Por Jesús S. Soto

Con el exacto minuterero resuena  
en la sala la voz de la provincia,  
y en el instante que la interna pena  
viene el recuerdo en el tic-tac.

Y reviven,  
mágicos, el poeta y Fuensanta.

Con qué fervor salimos a la calle,  
por la mañana, en la ciudad pequeña.  
Como esquilón golpeando una campana de madera  
resuenan nuestros pasos sobre el empedrado;  
el sol geómetra platea  
y llena de blancos planos —triángulos y rectángulos—:  
paredes, aceras y pisos.

El poeta y nosotros, en suave dolor místico,  
y como místico, herido de sensualidad,  
vemos que Ella surge de cuadros y retablos  
—Virgen que baja de los altares—.

Era la fina jovencueta de siempre:  
simple corazón y ademanes graciosos.

—Fuensanta,  
está en el pórtico de la iglesia el poeta  
que te quiere, porque halla en ti la gracia  
de los retablos de su pecho místico.

(Pero Fuensanta no saldrá  
porque ese día ha muerto).

—Poeta de irreales ciudades pequeñas,  
Fuensanta sólo existe dentro de ti.

No vive  
en esta calle que triangula y dora el sol.  
No asoma a la ventana; no limpia sus macetas;  
no les silba a los pájaros canorosos.

(Pero en todo momento se mueve  
dentro de tu corazón que hace méritos).

Pasa el día. Pasa el día; rueda el sol  
en la media naranja de fondo azul celeste.

Suena el toque de ánimas, y entonces el poeta,  
ebrio de azul, entrégase a soñar,  
en el hogar, junto a la luz discreta  
bajo la cual Fuensanta irá a bordar.

Y el cuadro tiene así gracia de Epifanía.  
Se desprende de ella, un halo la circunda,  
una serenidad misteriosa la inunda  
en rítmica interior melodía.

El silencio nocturno me equilibra;  
se detiene el trapezio del ensueño  
y el poeta y Fuensanta se van remando  
en un lago de amor, dolor y alegría,  
que todo junto era esta alegoría. ♦

## A la Memoria de Ramón López Velarde

Por Jesús Zavala

Fuensanta, viste el traje de luto y encamina  
tus pasos a la iglesia.  
No olvides el Laballe ni el rosario.  
hace un año. . . ¿recuerdas? . . .

En el altar sagrado de las ánimas  
enciende una candela.  
Haz que arda con brillo intermitente  
en su memoria y. . . reza.

Asiste al sacrificio de la misa.  
Ora por él, Fuensanta.  
Recuerda que te quiso y le quisiste.  
¿No oyes plañir las lúgubres campanas?

Deposita en la faz de su sepulcro  
una corona. ¡Santa  
reliquia de tu amor! ¡Inextinguible  
recuerdo del ayer! ¡Votiva lámpara!

Abre el libro de oro de sus versos  
y musita, en voz baja,  
con "la sangre devota"  
y la unción con que rezas tus plegarias:

"FUENSANTA:

"DAME TODAS LAS LÁGRIMAS DEL MAR.  
MIS OJOS ESTÁN SECOS Y YO SUFRO  
UNAS INMENSAS GANAS DE LLORAR. . ." ♦

México, junio de 1922.

## Canción de la noche diamantina

EN LA MUERTE DE  
RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Por Ricardo Arenales

Musa solar con nardos irreales  
el cielo niño del Abril decora;  
y . . . éste era el huerto de una Reina mora  
y un lirio que la aurora aljofaró;  
pero mi corazón balbuce ante la aurora:  
—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

El tiempo fluye, la ilusión dilata  
su onda azul y en lo real confluye:  
¡noche de la entrañable serenata,  
la lágrima, el deliquio y el "tú y yo". . . !  
pero mi corazón modula rima ingrata:  
—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

La antorcha crepitante está en el viento  
y de siglos a siglos va encendida;  
la Muerte sopla su huracán violento  
y fulge más la antorcha de la vida:  
¿un niño en este instante los ojos no entreabrió?  
Pero mi torvo corazón no olvida:  
—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Por tu frecuencia, Amor, por tu frecuencia,  
por los valles letárgicos de la carne encantada  
(de un humo azul la blándula almohada,  
de un prócer vino la brumosa esencia)  
sosiégase en la noche la frente conturbada. . .

Las alondras no cantan todavía  
ni mueve sus saetas el reloj;  
pero mi corazón solloza en su alegría:  
—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Después, quietud. El mortuorio túmulo,  
loas lúgubres, flores, oro póstumo  
y, en mármol negro, el Numen desolado!  
Con sus manos azules, en la tarde riente  
ya mi inquietud la Muerte apaciguó. . .  
Alguien diga en mi nombre, un día, vanamente:  
—¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ◇

## Los Tres Perfiles

EN LA MUERTE DE  
RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Por Alfonso Camín

(A mis amigos y sus amigos Rafael López, Enrique Fernández Ledesma y Jesús B. González)

Tenías tres perfiles. Tu humanidad nos vino  
de lejos, aún más lejos que nos llegó el Rabino;  
uno de tus perfiles llegó de las Pirámides,  
hembras de bronce han puesto luto sobre sus clámides;  
la Esfinge del Desierto su cólera no aplaca  
y sueltos los cabellos, María la egipciaca  
humedece de lágrimas la abundante melena  
del León legendario que descansa en la arena.  
Un jirón de la noche mancha el cielo tranquilo,  
sangra el Sol, como un César, en las aguas del Nilo,  
aguas como tu vida que aquí estaba en rehenes  
reflejando a la luna claras Jerusalenes,  
joyantes Macedonias y amplias Alejandrías,  
todo lo que es en suma tu perfil de otros días,  
cuando en tus arenales, interior del Sahara,  
iba cayendo un lento caudal de luna clara,  
de tal modo que entonces fue la Esfinge al poeta  
y dejó en sus oídos la palabra secreta.

Tenías tres perfiles. Fue la clave absoluta  
de los astros entonces quien te habló de la ruta  
de estas tierras que ha siglos separaba al azar,  
de las tierras antiguas la cuchilla del mar.  
Conociste la Atlántida rara y maravillosa

que hinchó al viento la púrpura de tu vela armoniosa,  
y llegaste a las Indias. La Atlántida fue el puente  
entre estas tierras vírgenes y el viejo Sol de Oriente.

Y hallaste aquí una parte de tu raza remota,  
jirón de la cadena que el mar oculta rota,  
venganza de los dioses que las gentes han visto,  
más de ochocientos años antes de Jesucristo.  
Pronto comunicaste al noble Rey poeta  
la palabra armoniosa y la causa secreta,  
y hubo fastuosidades y hubo versos de oro,  
admirables alhajas de tu propio tesoro;  
la Serpiente, señora de la Sabiduría,  
el Aguila, que el nido cerca del Sol tejía,  
fiereza, amor y audacia, inspiración y anhelo,  
el Caballero Tigre y el Flechador del Cielo.  
Tal pasaron los lustros en los que hallaste lauros  
hasta el advenimiento del tropel de centauros,  
cuando viste en un sueño de opulentos desmanes,  
caer el Sol difunto sobre los tres volcanes.  
No opusiste a los blancos caballeros gran fuerza,  
que la ley del Destino nadie habrá quien la tuerza,  
y si el Sol ha tenido que dejar su regazo  
nada harán a la postre la macana y el brazo.  
Cuauhtémoc aun hablaba con frases armoniosas;  
tú oíste que decía: "mi lecho no es de rosas".  
Y al dar su último aliento, como flor a la brisa,  
recogiste, sereno, de su faz la sonrisa  
que durante treinta años de tu vida presente,  
fuiste mostrando a todos, indiferentemente.

Tenías tres perfiles. El tercero que obra  
desleído en las páginas fragantes de "Zozobra",  
y acaso en el rincón de tu armario severo,  
donde quedó suspenso de pronto "El Minutero",  
es el perfil de un hombre risueño y con levita,  
que cree en Jesucristo, sueña con Afrodita  
y deshoja su cordialidad por las calles;  
hombre de Hispanoamérica que conoce Versailles,  
cultiva los afectos, no desprecia el cognac,  
y goza si le cuentan lances de Bergerac.  
Supo bañar de rosa las mejillas resacas  
de la mística musa que estudió en Zacatecas,  
y la tornó una alegre paloma que a la mano  
vuela tranquilamente para comer el grano.  
Su musa provinciana nunca olvidó el hisopo,  
pero al altar llegaba su aroma de heliotropo,  
igual que si Leonardo oficiara en la misa  
y pidiera la santa Comunión Monna Lisa.

Tenías tres perfiles. Y fue por eso acaso  
que los creyó la Muerte tres lienzos del ocaso,  
y como una cleptómana que viene envuelta en sedas,  
penetró en tu recámara, robó las tres monedas,  
y en su lecho de púrpura, cesáreamente obsceno,  
felinamente duerme con ellas en el seno;  
mientras por ti solloza María la egipciaca,  
Netzahualcóyotl mira cómo su Sol se opaca,  
y las hembras criollas, ataviadas de luto,  
buscan para tus sienas el laurel absoluto.  
España aquí te envía (Yo mellé la segur),  
los laureles del Norte y las palmas del Sur. ◇

México, julio de 1921